

De Paisano

Por
Pierre CHILI



SEGUN LAS ordenanzas navales, los guardiamarinas no pueden vestirse de "paisano", debiendo andar en tierra siempre de uniforme. Aunque molesta a veces esta disposición a los afectados, tiene sus beneficios. Viven la peligrosa edad en la que los tres enemigos del alma los incitan al descarrilamiento, frecuentando sitios malsanos para la moral y para la salud. El uniforme es el delator ostensible. Los comandantes extreman sus rigores al respecto, cuidando autoritariamente a sus juveniles donceles.

Rompeacero, el comandante del buque en el cual se hallaba embarcado el guardiamarina Carrillo, extremaba estas disposiciones de ordenanza... ¡Pobre de aquel a quien el austero ordenancista lo sorprendiera de "paisano" en tierra...!

Carrillito tenía unas sospechosas amigas, unas niñas Aguilera, a quienes llamaba desvergonzadamente "sus primas". Eran unas primas de arpa y vihuela... Carrillito era el alma en aquellas jaranas. Había sido tambor en la Escuela Naval y tamboreábale en las fiestas a sus primas con unos redobles que ponían fuego en las piernas.

Rompeacero sabía que frecuentaba aquellos sitios no muy santos. Había llamado al "instructor de los guardiamarinas" para decirle:

—He tenido conocimiento de que el guardiamarina señor Carrillo, va de paseo a unas calles extraviadas. Dígale que si no suspende sus visitas, lo arrestaré un par de meses como menos.

El instructor llamó a Carrillo para hacerle saber la orden del comandante. Carrillito había escuchado la reprimenda, iracundo y ofendido.

—Son unas parientes pobres, señor... Todos pueden tener parientes pobres en la familia... Son unas primas más... El señor comandante me ofende... Y con esto ofende también a mi tía, que es una señora respetable. Cierto es que le gusta la música; pero esto no es una falta... Yo no tengo la culpa de que no vivan en una calle más central. Son pobres, pero muy honorables... Verdaderamente, señor, mi dignidad de oficial...

—¡Déjese de dignidades, señor!... Estamos viejos para creer en cuentos... Ya lo sabe. Puede retirarse.

¡La mala suerte del muchacho! La prohibición habíale llegado cuando precisamente en dos días más se celebraba

el cumpleaños de la menor de "sus primas" Aguilera. Estaba invitado a una gran comida con pavo rociado.

Discurrió el muchacho. Se vestiría de "paisano". Entre el tumulto de los doscientos mil habitantes de la ciudad, confundido entre el "paisanaje" no lo reconocería ni Sherlock Holmes vestido de Rompeacero.

Pidió la venia y bajó a tierra el día del pavo asado. Un amigo le prestó un traje de "paisano" con el cual se vestiría tan pronto pisara playa.

¡Pero era fatal Carrillito! Pasaba por la plaza Victoria, camino a la casa de las niñas Aguilera, cuando a boca de jarro se encontró con Rompeacero, a quien él creía a bordo a tales horas. Ni lo miró. Pasó por su lado, leyendo un diario que llevaba en sus manos. Le saltaba y tamboreaba el corazón bajo su ropa de "paisano". Rompeacero le clavó la vista. Se volvió para mirarlo; pero ya Carrillito, al doblar una esquina, había emprendido la carrera.

Al día siguiente, hallándose el muchacho en su cámara, entregado a unos cálculos, un marinero le trajo un recado que lo sobrecogió:

—El señor comandante llama al guardiamarina señor Carrillo.

Se fue al baño para refrescarse la cara de trasnochado. Sentado a su escritorio, Rompeacero firmaba unos documentos. Alzó sus tremendos ojos fríos:

—¿Con qué autorización andaba usted de civil ayer tarde, señor guardiamarina?

Lo mejor era engallarse.

—Debe estar usted equivocado, señor comandante. Yo no he andado de civil ni ayer tarde ni nunca, señor comandante.

Golpeó la mesa Rompeacero.

—¡Un buen oficial de marina debe decir siempre la verdad, aunque le vaya la vida, señor guardiamarina! ¡El comandante en persona lo ha visto a usted de civil ayer tarde!

—Debe haberme confundido con alguna otra persona, señor comandante. Le repito.

—¡Modere su tono, señor! ¡Está usted faltando a su dignidad de oficial! Está usted mintiendo... Esa es la palabra... ¡Mintiendo!

Rompeacero había arrojado lejos la pluma con que estuviera escribiendo.

—¡Está usted agravando su falta, señor guardiamarina!

Transpiraba Carrillito. No valían ardidés con aquel caballero que parecía tener rayos X en la mirada, con los que traspasaba el cuerpo, leyendo lo que hasta por dentro pensaba.

Cambió de táctica. Se le ocurrió una idea genial. Sacó una sonrisita amable.

—Ahora ya caigo, señor comandante. No es la primera vez que me pasa. Tengo un hermano que es enteramente parecido a mí. Muchas veces me han confundido con él. ¡Hasta mis primas!

—¡No quiero oír hablar más de sus primas, señor!...

—Somos muy parecidos con mi hermano, señor, aunque él es un poco más grande...

—Se conocía por el traje que usted llevaba... ¿De manera que usted me asegura que era su hermano?

—Sí, señor comandante...

—Muy bien, señor...

Respiró el muchacho. Estaba salvado.

Rompeacero se puso de pie. Llamó al oficial instructor de guardiamarinas.

—Ayer en la tarde vi vestido de "paisano" al hermano del guardiamarina señor Carrillo. Como no puedo castigar al hermano por haber faltado a las disposiciones de ordenanza, arreste al señor Carrillo... Hemos terminado, señor guardiamarina. ¡Que su hermano no salga más a la calle mientras mi buque se encuentre en puerto!

